

úsima Trinidad, y por los méritos de su muerte, por los que nuestro Señor ha elevado el matrimonio á la dignidad de sacramento, y nadie puede romper el lazo que él forma entre los esposos.

Despues, para enseñarles que su union debe ser santa, esparce sobre ellos el agua bendita, siempre en el nombre del Dios tres veces Santo.

No resta mas que dar á la esposa la señal de su alianza, que es al mismo tiempo el gaje de su sumision y de su adhesion. El sacerdote lo hace bendiciendo el anillo nupcial. El esposo lo pasa al dedo de su esposa. Ella debe recibirlo como el signo del lazo que acaba de contractar, y que ninguna mano humana podrá ni desatar ni romper. La jóven niña no se pertenece ya, ya no pertenece tampoco ni á su padre ni á su madre; es para su esposo como la Iglesia es para Jesucristo.

Ademas del anillo, el sacerdote bendice tambien una moneda, gaje de la comunidad de bienes entre los dos nuevos esposos.

La *misa de esponsales* comienza por esta oracion en el introito:

“¡Que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, sea con vosotros! ¡Que él mismo os una y os haga gozar completamente del efecto de su bendicion! ¡Dichosos todos los que creen en el Señor, y que marchan por sus caminos!”

La Epistola está llena de preceptos, todos por el gran Apóstol. Escuchad:

“Hermanos míos: que las mugeres estén sometidas á sus maridos, como al Señor, porque el marido es el gefe de la muger, como Jesucristo es el gefe de la Iglesia. Así es él el salvador de su cuerpo; pero como la Iglesia está sometida á Jesucristo, las mugeres deben ser así en todas sus cosas con sus maridos. Y vosotros, maridos, amad á vuestras mugeres, como Jesucristo ama á su Iglesia. El mismo se ha entregado á la muerte por ella, á fin de santificarla y purificarla por el agua con que es lavada y por la palabra de la vida; para hacerla aparecer ante él llena de gloria, sin mancha, sin arrugas, sin defectos algunos, á fin de hacerla santa é irrepreensible. Es así como los maridos deben amar á su muger como á su propio cuerpo. Aquel que ama á su muger se ama á sí mismo, porque ninguno puede odiar su propia carne, sino que cada uno la mantiene y la alimenta como nuestro Señor lo ha hecho respecto de su Iglesia, porque nosotros somos los miembros de su cuerpo, formado de su cuerpo y de sus huesos. Es por lo que el hombre abandonará su padre y su madre para ligarse á su muger, y siendo dos no serán mas que una sola carne. Este misterio es grande, os digo, en Jesucristo y en su Iglesia; pero que cada uno de vosotros ame así á su muger como á sí mismo, y que la muger reverencie á su marido.”

(Al gradual.) “Nosotros somos hijos de los santos, y no podemos casarnos como los idolatras que no conocian á Dios. Comportémonos, pues, con honestidad en el matrimonio, y que el lecho nupcial sea puro.”

“Sois feliz, quien quiera que seais, que temeis al Señor, y que marchais por sus senderos. Vosotros os alimentais del trabajo de vuestras manos; seréis feliz y colmado de los dones de Dios: vuestra esposa será en vuestra casa como una vírgen fecunda, y vuestros hijos, semejantes á nuevas plantas de olivos, rodearán vuestra mesa. Así es como será bendecido el hombre que teme al Señor.”

Despues del *Pater*, el sacerdote, volviéndose hácia los esposos, estendiendo la mano derecha sobre sus cabezas, pronuncia un admirable prefacio, en el cual llama sobre ellos todas las bendiciones de los santos patriarcas. “¡Oh Señor, dice, que por este augusto sacramento habeis santificado la union conyugal, y la habeis vuelto el simbolo de la union de Jesucristo con su Iglesia; oh Dios que habeis dado la muger al hombre, y que habeis embellecido esta union por una bendicion que la pena del pecado original y la sentencia del diluvio no han podido arrebatar; oh Dios, solo Señor de los corazones, que por vuestra Providencia sabeis y gobernais todo; vos unís y nadie puede separar; vos bendecís y nadie puede dañar! Os conjuramos para que juzgueis intimamente los corazones de estos esposos y les inspireis una afeccion sincera; y como vos sois el verdadero, el solo Todopoderoso, haced que no sean mas que uno en vos. . . . Mirad con bondad esta esposa, que antes de ser de su marido quiere ser rodeada de vuestra santa proteccion: que esté siempre en ella el yugo de la caridad y de la paz. Que ella se despose en Jesucristo casta y fiel, y que siga el ejemplo de las santas mugeres. Que sea para su esposo, amable como Raquel, sabia como Rebecca. Que su vida sea para él larga y llena de fidelidad como la vida de Sara. Que el autor de toda prevaricacion no reivindique nada en sus obras. Que permanezca sumisa á la fé y á los divinos preceptos. Ligada á su esposo, que huya todo contacto impuro, y que fortalezca su debilidad con la fuerza de la disciplina cristiana. Que sea respetable por su modestia, venerable por su pudor, profundamente instruida de vuestra celeste doctrina. Fecunda, inocente y estimada, que venga al reposo de los bienaventurados en la eterna patria. Que los dos juntos, vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y que lleguen tambien á una feliz vejez.”

¿A nombre de quién pide el sacerdote todas estas bendiciones para los dos esposos que ha unido á nombre del Señor Jesus, y por qué espera él obtenerlas? Por el divino Mediador, fuente de todas las gracias.

¡Todo es grave, tierno y majestuoso en esta oracion, dicha solemnemente de lo alto del altar! ¡Como se revela toda la maternidad de la Iglesia, y se muestra en cada palabra suplicatoria que dirige al Dios de Rebecca y de Raquel para la nueva esposa! Porque la joven hija, va en el momento á abandonar á su padre y madre, á sus hermanos y hermanas y el techo doméstico, la religion tiene por ella mil solicitudes; así no cesa de pedir proteccion y bendicion para aquella que lleva ya en su dedo la señal de la dependencia y de la sumision.

En los primeros siglos de la Iglesia los matrimonios se hacian públicamente en presencia del obispo, que durante el sacrificio santo recomendaba á Dios los futuros esposos. Aquellos hacian su oblation con los otros fieles, y se recitaban sus nombres en particular. Miraban la bendicion nupcial dada por el verdadero sucesor de los apóstoles, no como una simple ceremonia, sino como una fuente de gracias. A la bendicion nupcial iba unida la del anillo, que el cristiano pasaba al dedo de la virgen que tomaba por la compañera de sus dias de paz y de persecucion. Los futuros esposos presentaban tambien algunas piezas de monedas para los pobres: los verdaderos servidores de Cristo no podian olvidar en sus fiestas á los que sufrían y lloraban, á los que comen el duro pan de la miseria.

El esposo tomaba la mano de su esposa en testimonio de la fé que le prometía (1). Se estendia un velo sobre sus cabezas, como para hacerles entender que la dicha de los dos esposos debia crecer y florecer á la sombra y no en la disipacion del mundo; el velo es sobre todo el emblema de la modestia. Aquel que se estendia sobre los nuevos casados era de color de púrpura, para indicar mejor esta bella virtud del pudor, primera belleza de la muger cristiana.

Durante muchos siglos, el esposo y la esposa eran igualmente coronados; pero no llevaban bajo el techo conyugal la corona que el sacerdote habia puesto sobre su cabeza: quedaba en la casa de Dios, y era guardada como cosa bendita: se componia de ordinario de una rama tejida de olivo, atada por una banda estrecha y blanca.

Este velo, ó *yugo*, está todavia en uso en una gran parte de la Francia; pero como en otro tiempo, no solo son los *clérigos* de las iglesias los que lo estienden sobre los casados; se toman para este oficio los mas jóvenes mozos de la boda, y una vieja tradicion cuenta que trae dicha.

En los tiempos de piedad, los dos esposos comulgaban en la misa de su matrimonio; despues de aquellos antiguos dias, todo lo frívolo y pro-

(1) Greg. Naz. cap. LVII.—Amb. lib. de Virg. cap. I.

fano se ha sobrepuesto de tal manera á todo lo que era grave y santo, que esta costumbre casi ha desaparecido enteramente.

Despues de la misa, durante la cual se ha colectado para los pobres de la parroquia, se vuelve á la sacristia, bien pronto llena por las familias y los amigos de los nuevos casados. Allí se escribe el acta de matrimonio sobre los registros: era lo mismo entre los primeros cristianos. Estos registros se llamaban *tablas matrimoniales*. Allí se escribían no solamente las convenciones que miran á los intereses materiales, sino tambien los deberes de los casados; y los padres de la Iglesia (1), en la asamblea de los fieles, se valían de lo que estaba clausulado en estas tablas, para recordar á los esposos la santidad de sus deberes, haciéndoles recordar los compromisos que habian contraído.

Todos aquellos que habian asistido al matrimonio, firmaban estas tablas, y el obispo, que era el padre comun de los fieles, las suscribia tambien.

En todos tiempos, en todos los países, el matrimonio, bajo las denominaciones de *nupcias* y de *esponsales*, ha sido celebrado entre los pobres como entre los ricos; bajo la paja de la cabaña, como bajo el opulento techo. En las épocas de fé, un acto de religion era casi siempre una fiesta de familia. Entre Dios y el justo, la alianza era estrecha. Este lazo se ha relajado bastante, y en nuestros dias se han menospreciado los placeres que eran para ellos mas que su inocencia y su ancianidad.

En el dia, en el gran mundo, que se hastía mas que nunca, porque jamas ha sido tan nulo y tan fútil un *matrimonio*, es un *negocio* que cuesta demasiado caro, pero no es un dia de fiesta: nuestros padres lo hacian una gran solemnidad de familia: era entonces, cuando brillaban mas á los ojos de los hombres, por sus larguezas, sus festines y sus magnificencias; y á los ojos de Dios, por sus beneficios, sus limosnas y sus buenas obras. Estas fiestas de los viejos tiempos tenían su ceremonial, su etiqueta, sus respetos, sus tributos de la antigua edad; de todas estas *vejeces*, el mundo de hoy, no gusta ya. . . . Entre tanto, como para casar una hija se gasta mucha plata, se desea que la sociedad sepa medir vuestro amor de padre y de madre sobre todas las magnificencias de composturas y adornos que serán espuestos á los ojos de los convidados. En un matrimonio del dia esta exhibicion es lo que hay de mas *solemne*, y es de lo que se habla mas largo tiempo.

Para desembarazarse de todo enojo, la Francia, esa tierra clásica de bellas y grandes maneras, ha tomado á los ingleses una costumbre, que arrebatada demasiado aprisa y con muy poca dignidad la joven esposa á

(1) El abate Gaume. Catec. de Persev.

su madre y á los suyos. Este rapto, al salir de almorzar, que sigue la ceremonia de la Iglesia, ha reemplazado en nuestras costumbres actuales las viejas hábitos y al antiguo ceremonial de otras veces: esta brusquedad me parece derogar de un golpe la dignidad del matrimonio católico. Sin duda el divino Legislador ha condenado á la muger, á abandonar todo. padre, madre, hermanos, hermanas, para seguir á su marido.... Este abandono cuesta ya demasiado á la jóven tímida: ¿por qué agravarlo aún....?

¡Héla aquí, pues, salida de la casa natal; héla aquí bruscamente (iba á decir cruelmente) separada de su madre, de sus hermanas, esta cándida y pura vírgen, educada bajo las miradas de los ángeles y colocada desde su mas tierna infancia bajo la proteccion especial de María, Reina del cielo.....! Todo cambia para ella..... Todo lo que la habia circundado, servido y guiado desde sus primeros años, no lo ve mas, no lo oye mas; un mundo todo nuevo se abre ante sus ojos.... Como el niño que ensaya su primer paso, y que no se siente ya apoyado por la mano materna.... tiene miedo sin duda; pero no puede decirlo ni dejarlo ver.... ¡Oh! Estad seguros amigos antiguos de la jóven niña, el Dios que guarda la flor del valle, y que la defiende del soplo del aquilon, el Dios de Rebecca y de Raquel, desde las alturas de su gloria, bajará su mirada sobre la esposa que la Iglesia acaba de bendecir á nombre de Jesucristo.... El ordenará á sus ángeles velar sobre la nueva morada que ella va á habitar.

El esposo que sus padres le han escogido, es piadoso y creyente como Isaac, justo y bienhechor como José, hijo del patriarca Jacob; ambos han puesto su mutuo amor bajo la guarda de Dios, y marchan por sus caminos.

Se acordarán de los ejemplos que siempre han tenido á su vista, y de los consejos que han recibido de sus padres y de sus madres; ellos van á formar, para asegurar su tranquilidad en este mundo y su dicha eterna en el otro, una casa verdaderamente cristiana. Desde antes de su union, en sus proyectos del porvenir, ellos se han prometido muchas veces que tendrian *con ellos*, lo que desde su infancia han visto en casa de sus padres.

Allí los sirvientes, que por sus largos servicios, su fidelidad, su adhesion y decision por sus señores, han venido á ser en alguna manera miembros de la familia; las alegrías, los dolores, las prosperidades, las adversidades, han sido comunes á aquellos que servian y á los que eran servidos. De la parte menos feliz, habia obediencia y celo; de la otra, empeño de cuidados y de paternal proteccion. Como *el hombre no vive solamente*

de pan, era preciso que el alimento del alma del sirviente fuese asegurado como el de su cuerpo; así el doméstico, iba á sacar la fuerza y el celo de la misma fuente que su señor: entonces, llegados ciertos dias del año, uno y otro se arrodillaban juntos ante la santa mesa. Allí, cada uno llevaba la gracia de que mas necesidad tenia para llenar bien su deber: el desheredado de la fortuna, la resignacion; y el cristiano favorecido por ella, la bondad y la caridad de mas.

Cuando Dios reina así en una familia, se siente uno seguro sobre el camino del cielo, y se marcha alegremente. El contento reina en todas partes, la murmuracion y el llanto en ninguna. La voz de la dulzura es mas poderosa que la de la cólera: como la voluntad de los señores está sometida á la de Dios, las otras voluntades le están tambien sometidas. La bondad es como el aceite, que hace en el mecanismo todos los movimientos de las ruedas fáciles y regulares.

¿Cómo en un mundo desordenado, tal como el de hoy dia, poder obtener semejante perfeccion? ¡Oh Dios mio! Por un medio muy sencillo: todo debe elevarse á Dios, y descender de él.

Las familias cristianas de la antigua alcuña, cuyo interior acabo de trazar, para alcanzar esta tranquilidad doméstica, han adoptado una regla de que jamas se apartan: es la de que, luego que tienen necesidad de llenar un vacío en su casa, ir *formalmente* á las informaciones; es la de inquirir no solamente la *inteligencia* la *actividad* y la *probidad* del sugeto que se presenta, sino de ir mas lejos, á proseguir mas las investigaciones, y adquirir tanto como es posible hacerlo, la certeza de que el hombre que desea entrar cerca de ellos, *quiere no solamente hacer el servicio de que será encargado por sus señores, sino tambien su salud eterna, siguiendo cristianamente las leyes de Dios y de la Iglesia.*

El hombre que desperdicia su tiempo, quiere emplearlo mal.

Las peticiones serias, los preceptos religiosos, hé aquí todo el secreto para obtener una buena y tranquila vida doméstica; sin ello, introduciréis el enemigo entre vosotros.... ¡guardaos de eso!

Si la razon y el buen sentido tuviesen todavia imperio sobre los hombres, esta pregunta religiosa seria la primera que se haria á todo hombre, á toda muger que se presentase en nuestra casa para servir; en el dia es la de..... yo no sé. Así se vé como van las cosas..... Mirad bien, escuchad bien y *descubriréis muy pronto que allí donde la religion no reina, el comunismo se llena y engrandece.*

Como es el matrimonio el que forma la familia; como son las gracias que discurren de este sacramento las que aseguran mas la dicha y la tranquilidad de las casas cristianas, no he creído ajeno de mi objeto, es-

cribir las páginas que preceden.... He pintado segun la naturaleza....

Hé aquí, sin embargo, otro cuadro; lo tomo en las campiñas bretonas.

Cuando la fé se va, la ceguedad llega. La fé es la llama que ilumina á la vida: cuando ella se estingue, no hay mas bellos efectos de luz. Así nuestro siglo es bien opaco á pesar de su genio inventivo; arroja de nuestras costumbres toda la poesía, todo lo que conmueve el corazon, todo lo que eleva el alma.... Cuando el cielo es de metal, cuando el rocío no desciende de las nubes, los que sufren mas son los lugares altos; la yerba y las flores que los esmaltan, mueren ántes que las de los valles: es lo mismo en esta fraccion del mundo que á sí propia se dá el nombre de *alta sociedad*. ¿Cómo con un titulo tan alto, ella permanece tan baja? Es un problema facil de resolver: es que desde hace medio siglo ha abandonado la *moral de los deberes*, para pasar á alguna cosa mas *cómoda*, á la *moral de los intereses*.

Por esta innoble y anticaballeresca adopción, ha despoetizado su existencia; va costeando, teniéndose por feliz cuando no encuentra allí mas ceno. Es preciso pues huir de Paris, y desterrarse á las poblaciones, para volver á encontrar algunos restos de esas costumbres llenas de poesía religiosa á que nuestros abuelos se acomodaban tan bien.

Esta provincia, que así como su blanco armiño, *quiere mejor morir que mancharse*, la Bretaña, que cambia poco, ha conservado en sus *desposorios* y sus *nupcias* los usos llenos de una graciosa moral que se buscaria vanamente en otras.

Escuchemos un noble breton (1); hé aquí cómo cuenta los desposorios de su caro país natal:

“En nuestros campos los desposorios se muestran todavía con sus gracias antiguas. En una bella mañana del mes de Agosto, un jóven paisano venia á buscar su pretendida al cortijo de su futuro suegro. Dos violinistas, llamando nuestros antiguos menestrales, abrian la pompa, haciendo resonar en sus violines los romances del tiempo de la caballería, ó de los cánticos de los peregrinos: los siglos, salidos de sus tumbas góticas, parecian acompañar esta juventud con sus viejas costumbres y sus viejos recuerdos. La desposada, conducida á la iglesia, recibia del cura la bendición de los desposorios, y depositaba sobre el altar una rueda rodeada de cintas. Se volvia en seguida á la granja. La señora y el señor del lugar, el cura y el juez del territorio, se sentaban con los futuros esposos, los labradores y las matronas al rededor de una mesa, donde se servia el berraco de Eumeo, y el ternero grueso de los patriarcas.

“La fiesta se terminaba por un paseo á la granja vecina. La señori-

(1) Chateaubriand.

ta del castillo danzaba, al son de la gaita, una *balada* con el desposado, mientras que los espectadores estaban sentados sobre la yerba nueva con los recuerdos de las hijas de Jetró, de los segadores de Booz, y los desposorios de Jacob y Raquel (1).”

La vida del breton es áspera y dura: cuenta pocos dias de reposo: fuera de las fiestas de la Iglesia, hay para él dos tiempos de parada, en su existencia toda de pena y de trabajo, son el matrimonio y la muerte los que se los dán. Los esponsales y los funerales ocupan en su vida los dias cuyos recuerdos diferentes no se borran jamas.

Luego que los esponsales se han celebrado, cuando la rueda encintada ha sido depositada sobre el altar de la Virgen ó de nuestra buena Señora de Auray; cuando *los prometidos* con sus amigos y amigas han ido juntos á la villa vecina para comprar las joyas, la alianza, la corona y el ramillete de naranjo, comienzan las invitaciones.

Son los mismos desposados los que por respeto van á pedir á los abuelos vengan á rogar por ellos en su misa de matrimonio, y á sentarse en el banquete nupcial, que tendrá lugar en la granja ó en el gran patio de la alquería. Siempre es á nombre del padre y de la madre, que se hacen estas invitaciones tan cordiales como respetuosas. Tendréis hasta este momento una enemistad de vecindad, que en esta grande ocasion se hecha á un lado; porque el proverbio breton, repetido despues de los siglos, dice: *Al hacer toda nupcia, dormir todo odio*. La pobreza del país de las Landas y de Bruyere, no ha podido jamas restringir los gustos generosos y hospitalarios de sus habitantes; bajo su paño burdo y bajo su rastrojo, han guardado siempre sus corazones de príncipes. Un colono que casa su hijo ó hija, no se arredra ante doscientas ó trescientas invitaciones.

Si entre los invitados á la boda hay algunos que no han podido ir á la iglesia á la misa de matrimonio, estad seguros que no vendrán á tomar lugar en la mesa del festin.

Entre el cura y sus parroquianos la alianza es tan íntima y estrecha, que el padre segun la gracia, se regocija como el padre segun la naturaleza, de aquel matrimonio de dos hijos mas; así él ha querido que la alegre jornada comience desde temprano. Desde que asoma la luz del crepúsculo, el primer repique de las campanas arroja al viento los mas alegres sonos: en el interior de la iglesia todo está adornado como para una fiesta solemne: el altar está adornado de sus mas bellos ramilletes de colores vivos y de hojas de plata.

(1) En muchas de nuestras provincias la ceremonia de los esponsales no existe ya; habiendo encontrado la Iglesia graves inconvenientes despues de la debilidad de los principios religiosos.